

# EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Dirección y Redacción,  
Pedregosa, 7.  
Administración, Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CÁRLOS DIAZ.

Precios.  
En Córdoba, trimestre, 6 rs.  
Fuera de la capital, id., 7 id.

## SUMARIO.

La semana, por B. Avilés.—Los niños, por X.—Ante una imagen de la Virgen, poesía, por Eduardo Ruiz y García.—Victor Hugo, conclusion, por F. de B. P.—Trova, por Jaime Clark.—A la muerte de Breton de los Herreros, por Norberto Gonzalez Auriolos.—Cantares, por J. L. H.—Misceláneas.—Pasatiempos.

## LA SEMANA.

¡Ah! lectora amada! ¿Qué te parece á tí de la semana? ¿Qué es á tu entender la semana, bella amiga?

La semana es el mónstruo de los siete dias; el coco de los revisteros; el terror de los malos actores; la esperanza de los buenos; el bálsamo regenerador de los curiosos; mi trabajo de hoy.

Son en Córdoba las semanas, por un privilegio que á este pais concedió naturaleza, de de una duracion mitad menor que en los demás pueblos del mundo. Aquí la semana, se compone de siete noches de á cuatro horas cada una, separadas mas de otras por seis espacios mas ó menos largos segun las estaciones, durante las cuales una hermosa y esplendente estrella nos presta sus rayos para que podamos esperar con luz la hora de encender el gas y de empezarse los *variados* acontecimientos que ahora voy á contarte.

Hay una noche en las semanas cordobesas, que se llama Domingo, en la cual se representa fijamente en el Gran Teatro un drama terrorífico, espanto de público y actores, con el que no pueden de ordinario uno ni otros. Tragámoslo á duras penas, esperando la noche lunes, para desengrosar con una agradable comedia de costumbres y una graciosísima piececita, donde lucen su talento y buen decir la Sra. Rosas, y su conocida y añosa bata el Sr. Valladares.

Pasa el tranquilo y sosegado intervalo de luz solar y se presenta la noche martes, con su drama ó su comedia, su poquito de baile no

muy ensayado para no rendir á los artistas y su piececita con bata y Valladares.

Otro intervalo de sol, que viene á dormir aquí despues de rendirse viendo la actividad que desarrolla su presencia en los Estados Unidos de América, y otras cuatro horas como las de los dias anteriores. Y así sucesivamente hasta siete.

Resulta, pues, que aquí vivimos cuatro horas cada dia. En esas cuatro horas que vivimos vemos un drama ó una comedia en tres actos, un baile, una piececita y oimos cuatro noticias. El drama no nos gusta y sabemos que no le agrada al público en general tampoco. ¿Es por que no nos gusta sentir en el teatro? No. Es que en la comedia no resalta tanto la falta de verdaderos actores. Es que la sociedad hoy busca en el teatro la escuela de las costumbres y no los tenebrosos abismos de las antiguas edades que ya no pueden reproducirse.

Así se esplica el extraordinario éxito que alcanzó el jueves *El baile de la Condesa*. Esta obra, llena de delicadeza y de verdad, salpicada de chistes oportunos, en la que el Sr. Blasco ha demostrado una vez mas su talento y especiales dotes literarias, en la que se llena tan cumplidamente un fin moral tan necesario, satisfizo mucho mas al auditorio que todos esos dramones estupendos que hemos visto hasta ahora, unas veces con el nombre de *La aldea de S. Lorenzo*, otras con el de *El sueño del malvado*, etc. etc.

¿No le agrada mas al Sr. Ossorio, no le cuesta menos trabajo hacer un buen General, como hizo en *El baile de la Condesa*, que un asendereado y mal ferido Capitan en *El sueño del malvado*?

Tambien á nosotros nos pareceria mejor lo primero, y estamos convencidos de que el público gusta mas de aquellos papeles que de estos. Goza y lo demuestra claramente viendo á la Sra. Rosas interpretando hábilmente los caracteres de su cuerda, y á la Srta. Rios, naturalmente alegre sin tener que violentarse para *melodramear* en escenas atrabiliarias.

Esta noche tendremos *Un drama nuevo*, y habremos de ver á Alicia, mayor de edad, en contradicción con las condiciones que su notable creador Sr. Estévez (Tamayo) quiso darle. Ganas tenemos de recordar á Yorik; pero tenemos los ímpetus de Edmundo.

El baile se resiente de confusión. Aclárense los cuadros si hemos de distinguir unos números de otros.

Los más constantes espectadores se dan la enhorabuena con la repetición de *La Modista de París*.

Se sospecha que el activo empresario proyecta contratar á los célebres niños Willis y Julia Kennebel, que de paso por esta capital darán algunas representaciones de sus conocidos y sorprendentes ejercicios gimnásticos.

A cambio de esta satisfacción todavía futura, tenemos el profundo disgusto presente de saber que el distinguido pintor escenógrafo Sr. Candelback abandona el cargo en que tan aplaudido ha sido siempre por el pueblo de Córdoba, sin que tengamos noticia de quien haya de sustituirle.

Del café teatro del Recreo estamos contentos en lo que respecta al personal. Con razón decía nuestro Director en la revista de la anterior semana que ni en Madrid se encontraba una compañía tan completa, dadas las condiciones de localidad. Pero con la mayor pena tenemos que asegurar que dista mucho de merecer elóquio la elección de las obras que se representan.

Mientras se den mamarrachos como *Fray Liberto*, obscenidades como *El Campillo de Manuela*, y majaderías sin chiste y sin cultura como *A Leganés por política*, las señoras tendrán que emigrar de aquel punto y nosotros no ocuparnos de él, como cosa que mancha.

Si esto no se remedia tendremos que dormir en los rincones del Círculo, mientras en otros pueblos más pequeños las gentes se reúnen. Aquí no hay reuniones, tal vez porque es perjudicial para las casas viejas juntar muchos cuerpos pesados en una habitación alta. ¿Habremos de esperar al verano para vernos cerca en *El Gran Capitán* que es terreno firme?

Creo que no. Ya empieza á haber alguien al anochecer en los jardines de la Victoria, y acaban de decirme que un amigo nuestro tan distinguido como amable, cuya esposa es joya de hermosura y de virtudes de esta sociedad, acaso abra sus salones á los amigos para reuniones de confianza. Amen.

B. AVILÉS.

## LOS NIÑOS.

¿En qué consistirá, amables y bellísimas lectoras mías (que á vosotras principalmente quiero dedicar estos renglones) que, á veces, al contemplar á un niño, exclamamos sin ser poderosos á contenernos ¡angelito!; y á veces también, sin que podamos dominarnos, se nos escapa decir ¡qué diablo! Ya estoy oyendoos responder, y si precisamente no os oigo, me parece que podía muy bien oiros, que hay ocasiones en que los niños muestran de una manera sencilla, ingénua y encantadora eso que llamamos gracias infantiles, y que revelan un corazón puro aún y un alma inocente todavía; y ocasiones en que, por el contrario, como inspirados por un genio maligno, que parece como que empieza á tomar posesión de su espíritu, hacen travesuras de tal índole y cometen actos de tal naturaleza, que descubren ya, en medio de su natural puerilidad, el germen del mal, que andando el tiempo, si se desarrolla, ha de producir tan fecundos como venenosos frutos.

Yo no sé quien ha dicho, ni si hay alguien que así lo haya expresado, pues cumple á mi lealtad no levantar á nadie falsos testimonios, que el corazón del niño es como blanda cera en donde dócilmente se graban las impresiones que recibe; y bien se comprende que de este modo sea, cuando, falto de originalidad el hombre para producir en los primeros tiempos de la vida ideas ó hechos nacidos de su propio ingenio en número suficiente para labrar con ellos el tejido de la vida, tiene absoluta precisión de imitar muchas de las cosas que pasan á su vista, á la manera de los espejos que, careciendo de fondo propio, devuelven el reflejo de los objetos que tienen por delante; y suele adquirir la costumbre de hacerlas del mismo modo siempre que se le ocurre. Y así es, que los hijos que han pasado su edad primera ausentes del hogar doméstico, adoptan los sentimientos y costumbres de las gentes entre que se crían y ofrecen singular contraste comparados con los que nunca salieron del seno de la familia á los cuales, sólo en los rasgos de su fisonomía, cuando más, suelen parecerse.

Quiere decir esto á mi entender, del cual, sin embargo, advierto que no me fio cuanto quisiera por lo mucho que me está siempre engañando, que, si los caracteres se heredan, mas se heredan las costumbres, y que, si mucho influye en su vida el natural de cada uno, más influye aún la educación, la cual por su propio objeto debe moderar los instintos, diri-

gir las pasiones ó templarias, depurar el corazón, elevar el alma sobre sus ordinarios límites, utilizar los resortes de nuestra naturaleza para hacerlos fecundos y prevenir su abuso ó su impotencia, y sostener á la razón en su legítimo imperio, para que siempre sea juez y árbitra de nuestra vida y dirima con su sano y templadísimo é imparcial criterio las discordias funestas y frecuentes que dentro de nuestra alma se promueven teniendo en expectativa á la voluntad, que en otro caso se somete al dictámen del mas fuerte; y serene en fin, las tempestades del corazón que, si llegan á dominar al hombre, le arrastran en su violento torbellino hácia un abismo de perdición y de desgracias, cuyo término, si no es la muerte, es muy difícil de prever.

Y notad, simpáticas lectoras (que precisamente habeis de serlo, siendo aficionadas á leer este simpático periódico) notad, digo, que ya en la edad madura la mayor parte quizá de los crímenes, de las faltas ó de las debilidades de los hombres, corresponden á un vicio de su educación primera, que descuidando corregir los primitivos síntomas del mal que se notaron en su infancia, ó acaso promoviendo su desarrollo, ha contribuido torpemente á su incremento, que mas adelante ha de ser causa, ó de graves males. ó de sensibles defectos, ó de ridículas preocupaciones.

Y, si nó, fijáos en los diferentes tipos que se ofrecen en la sociedad á nuestra vista. ¿Veis aquel criminal de torva mirada y fruncido ceño, que con paso vacilante camina hácia el patíbulo? Pues ese, cuando pequeño, cifraba su mayor placer en atormentar y dar muerte cruel á los animalillos que caian en sus manos, mas feroces aún que las garras de los tigres; empezó apedreando á los perros y ha concluido asesinando á los hombres; un prógimo suyo vá á enseñarle de una manera cruel en el cadalso el valor de sus maldades y de sus crímenes. ¿Veis á ese otro hombre de cerebro vano y corazón de cieno? ¿No reparais en el desorden de sus cabellos, en el extravío de sus miradas y en su traje descompuesto? El juego ha concluido de arruinarle; siempre vivió dentro de una atmósfera de corrupción y de vicios y acaso, acaso, encuentre en su desesperación el término de los males que él propio, y no su mala suerte, ha conseguido acarrearle. Pero no os extrañeis de esto: jamás vió este infeliz sino malos ejemplos en los primeros años de su existencia, y apenas sise ha hecho otra cosa que imitar la conducta de sus padres, que por sus propios excesos ca-

recian de autoridad y ni aún de corregirlos se ocupaban. ¿Veis á ese otro caballero grave, hinchado, que no vuelve la cara sino con todo el cuerpo, que jamás hace movimiento que no sea despacio y acompasado, que saluda hasta á los que debieran ser sus mas íntimos amigos con una imperceptible inclinación de cabeza, como si temiera que se le fuese á salir de entre los hombros, á pesar del dique del enorme cuello de su camisa, capaz de contener por sí solo una cabeza mas grande y menos vana que la suya? Pues ese caballero llama señora á su esposa aún en los momentos de mas dulce intimidad: á los hijos los trata con la misma etiqueta, que si fuesen estraños y acabaran de serles presentados: si los criados se permiten con él alguna vez una de esas familiaridades que, no sólo son excusables, sino que hasta pueden agradar por la lealtad y adhesión que revelan, entónces incurren inevitablemente en su desgracia; hacen estallar su santa indignación y hasta logran que descomponga por un instante su grave é inalterable continente. Este pobre hombre que consigue ¡rara cosa! convertir en comedia el drama de la vida en donde quiera que está, y ser en ella el protagonista obligado, este hombre, digo, era al principio un buen chico; pero sus padres, de los que él es un fidelísimo retrato, le decian á todas las horas del día y de la noche, que era preciso que se diera tono, y el infeliz lo tomó tan en serio, que ahí donde le veis, y en todas partes, en eso de darse tono se parece mucho á un violin antes de comenzar una sinfonía. Pues el hijo que tiene es otro que tal: quince años cuenta y ya no se puede resistir su impertinencia. ¡Tan joven y ya tan conto! ¡Que desgracia! ¡Quién lo pensára!

Pues si entramos en el terreno de la política, vereis lindezas. Pero, no, no entremos, mas vale no verlas.

En resumen pudieramos decir, y decimos, en efecto, que, siendo tan trascendental la educación de los niños, debieran los padres convertir á ella principalmente su atención y dedicarla todos sus cuidados y desvelos. Pero ¿cómo han de hacerlo, si la suya fué descuidada en demasía y hoy que tienen hijos más que nunca se resienten de ello? Por esto estoy pensando, aunque tarde ya, como más de una vez suele á uno suceder, que á esta especie de artículo debiera acaso haberle puesto por encabezamiento mejor «Los padres» que «Los niños.»

## ANTE UNA IMAGEN DE LA VIRGEN.

Bajo la bóveda oscura  
De esta hermosa catedral;  
Aquí donde no murmura  
Mas que un eco sepulcral;

Aquí donde el alma siente  
Del mismo Dios la presencia;  
Donde se baja la frente  
Al peso de la conciencia;

Aquí donde el hombre llora,  
Si aun queda en su pecho fé;  
Donde el mas infame ora,  
Aun ignorando porqué;

Aquí donde apenas zumba  
Del mundo la tempestad;  
Donde entre Dios y la tumba  
Se mece la inmensidad;

Aquí yo busco un semblante  
Que allá en mis sueños de niño,  
Ví de mi lecho delante,  
Mirándome con cariño.

Dulce rostro que olvidé,  
Cuando al pasar de la infancia,  
Triunfaron sobre la fé  
El orgullo y la arrogancia.

\*  
\*  
\*

Si es verdad, madre del alma,  
Que es tan grande tu poder,  
Que hasta los pesares calma,  
Tornándolos en placer;

Si reinas allá en el cielo  
Mejor que reinaste aquí;  
Dispénsame algun consuelo,  
Vuelve tus ojos á mí.

Adoro cual nunca hombre  
Pudo adorar en la tierra,  
Tanto que solo en un hombre  
Para mi todo se encierra.

Escucha, señora, el grito  
Plegaria de mi dolor;  
No es el amor un delito,  
Cuando es verdadero amor.

Por él arrostró la muerte,  
Tu hijo fiel en el Calvario,  
Haciendo en trance tan fuerte  
De un suplicio un santuario.  
Por él descendió al profundo  
Salvando á la humanidad;  
Por el solo amor al mundo,  
Que amor es la caridad.

Perdona, pues, madre mía,  
Que ruegue por mi pasión;  
Por esta pasión que impía  
Me devora el corazón.

Conmueve el suyo, señora,  
El de ella que perdí;  
Mi fé renace, y te adora,  
Vuelve tus ojos á mí.

\*  
\*  
\*

No es mi dolor el insano  
Torbellino criminal  
Que arma del hombre la mano  
Con vengativo puñal.

Es el dolor del que inclina  
Sobre un sepulcro la frente;  
Es el dolor que ilumina,  
En vez de abrasar la mente.

No es mi dolor como el rayo  
Que en las nubes traidor arde;  
Es como el triste desmayo  
Del sol que alumbra en la tarde.

Es dolor que purifica,  
Al mismo tiempo que llora;  
Que no manda, que suplica,  
Que nunca ordena, que implora.

Que jamás loco arrebatada  
Ni desespera inclemente,  
Mi dolor es el que mata  
Solo al triste que lo siente.

\*  
\*  
\*

A Dios, señora; del cielo  
Algo hasta mi ha descendido;  
Un inefable consuelo,  
Como nunca lo he sentido.

Mucho es ya lo adelantado,  
Mi mente ciega ya vé;  
Yo esperanza he demandado,  
Y tambien me has dado fé.

Aguardo, señora, y creo,  
Tendrán un fin mis pesares;  
Mi dicha futura leo  
Aquí mismo en tus altares.

Templo á Dios, bendita hora  
Aquella en que en tí he buscado,  
Al dolor que me devora  
El consuelo deseado.

Si del hombre tras la planta  
Viene aquí la infamia en pos,  
Yo siempre en tu nave santa  
Buscaré tan solo á Dios.

Quédate en paz con tu sombra;  
Con tus bellos santuarios;  
Y con tu lúgubre alfombra  
De mármoles funerarios.

Quédate en paz; aunque voy  
A entrar otra vez al mundo,  
A Dios llevo desde hoy  
Del alma en lo mas profundo.

Esto faltaba á mi amor,  
Para ser mas grande y bello;  
De lo divino el fulgor,  
De lo divino un destello.

EDUARDO RUIZ Y GARCIA.

## VICTOR HUGO.

NUESTRA SEÑORA DE PARIS.

IV.

(Conclusion.)

Fijada la época del suceso principal que sirve de base á la novela de *Nuestra Señora*, en el año de 1482, en el reinado de Luis XI de Francia, penúltimo de su existencia, complace el autor, como en uno de sus primeros propósitos, en retratar el carácter físico y moral de la edad media. Con toques magistrales presenta en escena á aquel monarca sombrío, hipócrita y sañudo, cuya fisonomía nos han reproducido también con feliz exactitud Walter Scott en sus historias romancescas, y en el teatro, Casimiro Delavigne. Las costumbres, el estado de las ciencias y de las letras, el valimiento de aquella justicia, encomendada á tribunales excepcionales, arbitrarios é ignorantes, bajo la salvaguardia de una legislación oscura, irregular y bárbara reciben vida y color bajo la pluma de Víctor Hugo.

Su estilo fuerte, conciso, pero abundante en amplificaciones, nutrido de sentencias suspende y arrebatá. La erudición arqueológica se hace admirar á justo título. Con ingenioso artificio logra sacar á plaza curiosidades nada vulgares, y recónditas, respecto de usos y de personajes antiguos. En el curso de su obra usa de muy distintos tonos. Festivo y picaresco, elevado y grave, apasionado y rudamente enérgico avasalla el idioma al servicio de sus estrañas ideas. Trasúcese este dominio á través de una versión que tira mas á sumisa y fiel, que á desembarazada é independiente. Don Eugenio de Ochoa, sin incurrir, sinó de propósito en galicismos vulgares, no quiere disfrazar, dándole tortura, la construcción de frases y palabras; y sacrifica por precisión, y á sabiendas, la peculiaridad de giros, equívocos, sonsonetes y gracias filológicas, que jamás pasan fácilmente por el tamiz de un diverso idioma. Es por lo demás, hábil y flexible para presentar de realze el vário espíritu de su autor original. Pudiera

repetirse, al propósito, lo que ya escribía el agudo Figaro (D. Mariano de Larra) con ocasión de representarse el *Hernani*, drama debido al autor, y su versión al traductor mismo de *Nuestra Señora*.—«En esto, por fortuna, así Víctor Hugo, como el público español han sido felices. Y la traducción que de este célebre drama se nos ha dado es una de las mejores traducciones que en lengua alguna pueden existir. El traductor de las obras de Víctor Hugo ha tratado á *Hernani* con predilección, con cariño... Por las alabanzas justísimas que al señor de Ochoa tributamos, podrá conocer el público que no es comezon de satirizar lo que nos anima.... Traduzcan los demás como el señor Ochoa, y nuestra pluma constantemente imparcial correrá sobre el papel para el elogio con mas placer que para la amarga crítica.... Conocemos que el respeto debido al grave poeta le habrá contenido... es difícil, traduciendo á Víctor Hugo tomarse libertades.»

Muéstrase el autor original conocedor y amigo de la literatura española. Ya lo consignó el mismo *Curioso parlante*, seudónimo del citado Mesonero, cuando escribía:

«Y hé aquí por qué un muchacho que por los años de 1811 vivía en nuestra corte y su calle de *la Reina* y era hijo del general francés Hugo, y se llamaba Víctor, encontró el romanticismo donde menos podía esperarse, esto es, en el Seminario de nobles; y el picaruelo conoció lo que nosotros no habíamos sabido apreciar y teníamos enterrado, hace dos siglos, con Calderon; y luego regresó á París, extrayendo de nosotros esta primera materia, y la confeccionó á la francesa. etcétera etc.»

No es estraño, pues, que repita frases y versos españoles, y acuda por epígrafes de sus capítulos á nuestra lengua y á nuestros libros. Hasta el cordobés Aberroes le merece alguna conmemoración, y los hampones y la *Esmeralda* misma, recuerdan algunas escenas truhanescas y á la *Preciosilla* de Cervantes. Ostenta en esto de epígrafes su ordinaria singularidad, habiéndolos latinos, extravagantes y enigmáticos.

La audacia de los pensamientos, su novedad y el desenfado genial del escritor agradan ciertamente. Hablando del París antiguo muéstrase arqueólogo consumado, y gran conocedor de la topografía de aquella población inmensa. El capítulo titulado *Esto matará aquello* es de los más profundos y famosos del libro. Sin que á muchos parezca demasiada-

mente piadoso ese presagio sibilitico de que la imprenta matará á la Iglesia; no puede dejar de hallarse muy ingenioso y razonado cuanto expone sobre el simbolismo y el idioma expresivo de las piedras, al desenvolver la historia del arte arquitectónica, segun sus diversos periodos, en las várias civilizaciones y en los distintos pueblos.

Amarga impresion produce el describir con cruel morocidad, como lo ha hecho tambien en sus obras dramáticas, ya los horrendos suplicios de Quasimodo, ya el tormento á que se somete Esmeralda; ora la justicia atroz de la Edad Media en aquel interrogatorio, entre festivo y tristísimo hecho á el campanero por un Magistrado Sordo.

La negra fatalidad que en la extravagante conduccion de esta historia esparce el castigo entre las buenas y usuales acciones, ó recae preferentemente en las primeras, sin contrapeso que balancée con la enormidad de la desdicha: esa fatalidad que acumula infortunios sobre los mas nobles ó amables personajes, despojando á la obra de todo mérito de moralidad cristiana, como á la infelicidad, de los consuelos de una providencia bienhechora; ha de rebajar muchos méritos á su universal aprobacion; siendo probable, al cabo, que se reputa menos digna de estima por su conjunto y su fin social y filosófico, que por los destellos brillantes de un talento gigantesco é independiente, en que predomina el vuelo de una poderosa fantasía sobre las severas leyes del juicio y la razon.

¿Cuáles son si nó, por ventura, las impresiones que recibe, ó las lecciones que recoge y atesora nuestro espíritu träs el anheloso devorar de las páginas de *Nuestra Señora*? ¿Es el apacible entretenimiento con que Cervantes nos solaza y regocija en su perpétuo cuanto amenísimo contraste de un noble idealismo y de la realidad de los intereses mas vulgares y apremiantes de la vida? ¿Es nuestra fantástica transicion á edades remotas para hacer revivir con seductora semejanza y fiel vivacidad los combates y la fisonomía moral de generaciones pasadas, como lo hace admirablemente Walter Scott? ¿Dános, entre las escenas de una naturaleza grandiosa, extraña ó pintoresca, á ejemplo de un Saint-Pierre ó de un Chateaubriand, los consuelos de resignacion, capaces únicamente de endulzar los pesares, frecuente lote de la asendereada humanidad? ¿Nos ofrece como el amable é ingenioso Manzoni el retrato de turbas agitadas por pasiones tumultuosas, al lado

de sublimes ejemplares de virtudes y abnegacion?—No, ciertamente: y antes bien recelamos que á el autor de *Nuestra Señora*, así como á otros novelistas contemporáneos, y escritores dramáticos de altísima inteligencia, la Historia adjudique severamente, algun dia, una parte de responsabilidad, nada exigua, por las agitaciones y desdichas, que hoy perturban á las naciones mas florecientes.

Las triviales consideraciones que nos ha sugerido esta famosa produccion literaria, exhumadas, de entre añejas notas destinadas al propio esparcimiento ó estudio, hace muchos años, no salieran de su merecida oscuridad, ni aun por las complacencias á que nos obliga la galante direccion de EL ALBUM, si no tuviésemos presente, que el celeberrimo escritor, á quien se refieren, sin ser español, tiene el privilegio, como ha observado el señor Valera con la superioridad de su erudicion y sentido crítico, de alborotar el universo con cada libro que publica, por la originalidad de su indisputable génio, y como caudillo de bandos revolucionarios en política y en literatura, ensalzado por su prestigio de adalid y apóstol; y cuyas excentricidades mismas se traducen, casi siempre, como remontadas é incomparables inspiraciones.

F. DE B. P.

## TROVA.

(EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA J. A.)

¡Ay! vive cual la flor que oculta crece  
 Al pié de antiguo muro,  
 De trepadora yedra coronada,  
 Sobre lecho de musgo.  
 Donde no lleguen á turbar tu calma  
 Los rayos importunos  
 Del vano resplandor, del falso brillo  
 Del mudanal orgullo.  
 Do la frondosa copa y tronco fuerte  
 De algun árbol robusto  
 A tu virtud y á tu belleza sirvan  
 Contra el dolo, de escudo.  
 Cubran tu frente gotas de rocío,  
 No el oropel del lujo;  
 Sé la viola del campo, no la dália  
 Que orna el paseo público.  
 Y si es forzoso que á la saña impía  
 Cedas del hado crudo,  
 Muere tronchada por amiga mano,  
 No por el nécio vulgo.

JAIME CLARK.

Córdoba, 14 de Noviembre de 1873.

Á LA MUERTE  
DE  
BRETON DE LOS HERREROS.

No eran bastantes las convulsiones políticas que conmueven á nuestra patria, ni el estado angustioso de nuestros espíritus aterrados por sangrientas emociones; no eran bastantes los tristísimos recuerdos de los pasados tiempos, ni el llanto precursor de los futuros días, para embargar nuestros corazones de pena y sentimiento, y fué necesario un golpe terrible y doloroso que pusiese á dura prueba nuestras almas, siempre sensibles y entusiastas por nuestras glorias nacionales; fué necesario que un hombre inmortal abandonase la esfera de los vivos y descendiese á la mansión de los que fueron, para sumir á la España ilustrada y sensible en un profundísimo duelo y mortal consternación.

Es muy triste sin duda alguna la muerte de los grandes hombres; aquellos guerreros esforzados; aquellos géneos de las batallas que en aras del valor y del patriotismo espusieron generosamente sus vidas por colocar el pendon nacional á la altura que los Fernandez y de los Pelayos; aquellos otros varones ilustres que por sus virtudes cívicas y elevado talento en el difícil manejo de los negocios públicos, salvaron las libertades y procuraron á la madre patria felices días de paz y de prosperidad, merecerán sin duda alguna un puesto brillantísimo en la historia; pero estos hombres, verdaderos prodigios de la humanidad, no son por fortuna muy escasos en nuestra patria, y puede quedar el consuelo despues de su sentida muerte, de verlos reemplazados en no lejano día, por otros tan esforzados y eminentes.

Pero existen en España algunos hombres superiores entre los superiores, eminentes entre los eminentes, que son los que constituyen nuestro verdadero carácter nacional; los que colocan nuestra nación á la altura de los primeros países del mundo civilizado; las lumbreras mas esclarecidas de nuestra literatura; los que regeneran las sociedades por medio de sus escritos, y abren el camino de la moralidad y de la ilustración, verdaderas fuentes donde deben beber los pueblos civilizados.

Estos hombres no son por desgracia tan frecuentes como aquellos otros; su aparición en el mundo es considerada como un rarísimo prodigio de la inteligencia humana; y aquel país que como el nuestro tiene la fortuna de poseer algunos de ellos, cuando

el soplo funesto de la muerte los recoge y arrebatada de nuestro suelo para trasladarlos al suntuoso asilo de la inmortalidad, la nación entera llora amargamente sobre sus tumbas, porque tiene el convencimiento, que muy tarde ó tal vez nunca será reparada su desconsoladora pérdida.

España llora la muerte de uno de estos hombres; Breton ha muerto.

Si la fama de los guerreros y de los grandes hombres públicos es ensalzada por la generación que los conoce y los experimenta, la fama de Breton será imperecedera en las generaciones futuras, su nombre brillará resplandeciente en el trascurso de los siglos, y si acaso llegara un día en que el insigne nombre del autor de *Marcela* se hubiese estinguido de la memoria de sus compatriotas, aquel día será funesto y terrible para la España, porque seguramente los españoles habrán perdido su historia y su nacionalidad.

La muerte de Breton en estos angustiosos días de terrible prueba para nuestra patria; ha sido una calamidad pública. Agostadas nuestras fuerzas materiales, heridos de muerte los órganos mas nobles de nuestro edificio social, desalentados nuestros espíritus ante las sangrientas luchas á que nos han conducido el apasionamiento de los partidos, no quedaba á nuestros corazones mas consuelo que la esperanza que jamás nos abandona, y la admiración de esos pocos hombres que como Breton, imprimen tal fuerza y carácter moral á las naciones, que son como un baluarte insuperable donde se estrellan todos nuestros infortunios, y nuestros males parecen exigüos é insignificantes, mientras el influjo poderoso de sus vidas vivifica nuestras almas y entusiasmo nuestros corazones.

Desde el siglo de oro de nuestra literatura, en que brillaron como autores dramáticos los inmortales Calderon, Moreto, Tirso de Molina, Rojas, y algunos otros, no contó la España hasta la venida de Breton, con un soldado digno y capaz de figurar entre aquellas insignes huestes de esclarecidos poetas.

Dos siglos han sido necesarios para que nuestro fértil suelo, siempre fecundo en hombres eminentes, produzca uno capaz de rejuvenecer la gloria de sus antecesores.

En dos siglos no ha contado la España un hombre como Breton, que levantara del lamentable estado en que se encontraba el arte dramático español, dándole aquella vida y originalidad que hoy admiran con envidia y hasta con asombro las naciones mas cultas de la Europa.

Tal vez pasen otros dos siglos y quizás

mas tiempo para que pueda nacer un digno sucesor de Breton. La marcha de los acontecimientos públicos que tanta influencia tienen con nuestra vida intelectual, harán mas ó menos pronto esta afortunada aparición. Porque si estos acontecimientos en vez de ir disminuyendo para volver á nuestros ánimos la paz y el sosiego de que están ansiosos, se complican y se aumentan, preocupando la comun atención, y sumiéndonos en los horres de nuevas y fratricidas guerras, nuestro espíritu sino muere de dolor, caerá en una estúpida atonía, que al fin le impedirá desarrollar el génio y los vuelos atrevidos de la imaginación.

NORBERTO GONZALEZ AURIOLES.

### CANTARES.

Como la humilde violeta  
Se oculta bajo sus ramas,  
El amor que por tí siento  
Oculto vive en mi alma.

Si duermo, sueño contigo,  
Y pienso en tí si despierto;  
Y es porque tengo tu imágen  
Grabada en el pensamiento.

Tengo un volcan en el pecho  
Que encendiste con miradas,  
Y la lava que despide  
Destrozando está mi alma.

J. L. H.

### MISCELÁNEAS.

Trasmitimos al Sr. D. Carlos Diaz *Rodriguez* las numerosas felicitaciones que con motivo de su nombramiento de Oficial letrado de la intendencia de Filipinas, ha recibido el Director de EL ALBUM á causa indudablemente de ser tocayo de nombre, apellido, y carrera del favorecido por la fortuna; y apropósito recordamos á nuestros lectores aquel tan conocido cantar que termina

*Que hay quien se llama rosquilla,  
Y se está muriendo de hambre.*

\*  
\*\*

Con verdadera complacencia hemos visto el retrato en litografía que de nuestro querido amigo Sr. D. Pedro Casanave, experimentado tocólogo de Málaga, ha hecho nuestro no menos querido amigo, Sr. D. Fausto María Torres Villalobos, distinguido jurisconsulto granadino, que en sus ratos de ocio, se dedica con verdadero aprovechamiento al arte, habiendo conseguido llegar á ser un excelente litógrafo.

Segun nuestro apreciable colega local *El Diario de Córdoba*, ha abierto un bufete nuestro muy querido amigo y colaborador señor D. Rafael de Gracia y Parejo doctor en Jurisprudencia, Secretario que ha sido de Gobiernos de Provincias, y distinguido literato.

Deseamos á nuestro amigo y compañero la numerosa clientela á que sus méritos y conocimientos le hacen tan justamente acreedor.

\*  
\*\*

Hemos tenido el gusto de saludar á nuestro buen amigo el distinguido escritor, D. Jaime Clark, que acaba de conquistar un envidiable puesto en nuestra literatura con su magnífica traducción de las obras de Shakespeare, de la cual van publicados ya dos tomos.

\*  
\*\*

Recordamos á nuestros lectores la adquisición de las magníficas novelas del Sr. D. Benito Perez Galdós, tituladas Episodios nacionales, que en España, donde este género de literatura, no está á grande altura, constituyen en su género, mas verdaderas joyas literarias, llenas de belleza y virginalidad.

\*  
\*\*

Un compañero nuestro de redacción, acaba de recibir una carta de Madrid, detenida dos dias en esta Administración y afortunadamente abierta. ¿Podrá explicarnos lo que esto significa?

Los periódicos, dejamos de recibirlos con gran frecuencia; por ejemplo el último número de *El Mundo Cómicó* y el segundo de la *Buena Nueva*.

### PASATIEMPOS.

#### CHARADA.

Es el nombre *prima* y *dos*  
De muger célebre y bella  
A quien la fatal estrella  
Crudamente persiguió.  
Tiene el *todo* buenos pies,  
Y á él se le suele aplicar  
El adjetivo *dos tres*,  
Si es color particular  
De su pelo alguna vez.

P. L.

LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO.

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

RE-DO-MA.

CÓRDOBA.—1873.  
Imprenta de LA ACTIVIDAD,  
Azonáicas, 4.